

Federico Reyes Heroles

El hechizo más poderoso

Mónica Lavín

La pérdida del amor, el duelo y el reencuentro con la esperanza son los temas que desarrolla Federico Reyes Heroles en su nueva novela, El abecedario. Dos escritores, Mónica Lavín y Vicente Gómez Montero, comentan la naturaleza intrigante y dotada de gran sutileza con la que el autor de Noche tibia ha escrito su más reciente obra.

Federico Reyes Heroles ha escogido un extraño título para contar una historia que podemos habitar fácilmente. El título sin duda crea extrañeza, ¿de qué se va a tratar? ¿Qué tiene que ver Samuel Urquiaga, filósofo, viudo reciente, con un título que alude muy concretamente al catálogo ordenado de letras de nuestra lengua?

Mientras leo descubro que el abecedario es precisamente lo que el protagonista escribe en la libreta de notas en torno a ciertas palabras y que dirige a su esposa muerta: Marisol. Una especie de carta-diario, reflexivo y emocional desde Samuel, sin que medie el narrador que, bien nos lo ha hecho saber el autor, es más que una figura hecha de palabras, un personaje en este tratamiento original y persuasivo que ha escogido el autor. El lector debe percatarse de que yo he escogido la misma forma para comentar y compartir con ustedes esta novela cuya lectura he disfrutado. Pero todo a su tiempo.

AUTOR:

Federico Reyes Heroles. Que también ha escrito otras novelas: *Ante los ojos de Desirée*, *Noche tibia*, *Canon*, *El abismo*.

Escritura que refleja madurez, es decir, libertad y rigor. Una dosis precisa de lo que hay que contar y cómo contarlo. Un autor que siempre presta atención al detalle, a las atmósferas. Muy cerca de un Henry James o un John Updike. El hombre y su pertenencia a este tiempo, las relaciones amorosas, sensuales y/o cálidas. O ambas cosas. El cuestionamiento constante. El mundo de lo aparente y el mundo protegido, el íntimo. Autor que defiende el territorio de la creación literaria como un asunto vital, no cabe duda cuando se lee *El abecedario*. Yo diría un Federico Reyes Heroles que en tanto creador de mundos ficticios asume riesgos y busca alturas estéticas. Una verdad, la verdad que es propia del artificio novelesco.

DISFRUTE:

Una de las frases citadas en el abecedario que escribe el filósofo Urquiaga que más me gusta es la de Flaubert que tiene que ver con el disfrute. “Algún día aprenderán los hombres que el asunto más serio de la vida es gozar”. Claro, Samuel Urquiaga la reconoce como buena para la vida. Aspira a dejar de dolerse, a poder vivir

sin Marisol; porque escribirle en cada una de sus meditaciones alfabéticas es estar con ella, a que el disfrute sea además de una evocación de tantos momentos con la bióloga con la que se casó, la que lo hizo encontrar deleite en las ballenas, en las plantas, en los tiburones, sea el deleite en el presente. Estar vivo, permitir al placer instalarse. Ese disfrute es el que como lectora de *El abecedario* les comparto. Una prosa elegante y transparente, una estructura y un ritmo logrados, sincera en la construcción de un personaje en conflicto que aspira a poder respirar de nuevo, mirar más allá del dolor. Aspirar al amor, a la caricia, a la querencia.

ESTUDIANTE:

Cómo se me antoja ser uno de los estudiantes de la clase de filosofía del profesor Urquiaga. Escuchar sus provocaciones: Ciencia y creencia. Conciencia. Las preguntas de Hawkings. ¿El azar o el orden? Seguirlo en sus disquisiciones alrededor de Pascal, de San Agustín, de Santo Tomás, intentar respuestas, cuestionar. Comprender que la sapiencia de vida no es fácil. Un destilado de experiencias y lecturas que dialogan. Pero que la coreografía de una mente brillante, bien armada, que se expresa con estilo e incisión es un espectáculo digno de vivirse. Mientras se lee, uno es a ratos Manjarrez u otro del montón que escucha y disiente o se pone al tú por tú al profesor: esgrima de inteligencias. ¿Dónde se inscribe uno para estar con Urquiaga? En las páginas de *El abecedario*.

ESTRATEGIA NARRATIVA:

Una novela precisa una estrategia narrativa. Un diseño, un cómo contar lo que se quiere contar. Ésa es la decisión más importante que enfrenta el escritor después de conocer el asunto a narrar. Federico Reyes Heróles encuentra la forma apropiada para contar los días de Samuel Urquiaga que van de la sombra a la búsqueda de la luz a través de capítulos cortos, donde se entremezclan dos aproximaciones. El narrador (del que hablaremos en el inciso correspondiente) o perspectiva que refiere en tercera persona al protagonista y por lo tanto nos permite mirarlo; y la voz personal, ese yo interno que escribe en la libreta sin más lente que los ojos y la vida que ha tenido. Algo que podría simplificarse en: cómo me miran y cómo yo miro. Dos enfoques que van construyendo el dilema interior, el paso del tiempo y las acciones.

Esta cualidad óptica define dos planos de tiempo y espacio: la que se refiere a Samuel ocurre en el presente narrativo, en el departamento donde vive y pasa mucho tiempo, en la facultad donde da clases, en algún

restaurante. Los espacios y tiempos del escrito de Salvador, de ese abecedario tan pronto ordenado como caótico, son los que se mueven en el pasado y en otros espacios: Nueva York, Baja California, playas, ciudades, museos. Una estrategia narrativa eficaz hace que las palabras conformen un mundo sin las costuras del esfuerzo, que el autor se vuelva invisible porque después de la lección flaubertiana es la historia la que por sí misma debe respirar. Vivir, ser elocuente.

MÚSICA:

Recurso con el que el escritor construye una de las aficiones de Samuel Urquiaga, hombre culto que gusta del arte, y una de las habilidades de Marisol Dupré, su pareja. Por la novela desfilan la cellista Dupré o el *Concierto de Colonia* de Jarrett que no podía ser más exacto para la temperatura melancólica del protagonista, quien pretende encontrar las formas de sobrevivir junto al piano ahora mudo, ahora elocuente, que cerrado y luego abierto lo acompaña en casa.

NARRADOR:

El narrador es un ente de palabras, es quien cuenta la historia. A veces puede ser el personaje mismo. Antes del siglo XIX, el narrador conducía la manera en que el lector debía relacionarse con el texto, sentir. El narrador opinaba. Como ya he dicho, después de *Madame Bovary*, esto cambió.

En *El abecedario*, Reyes Heróles juega con la figura del narrador, que externa frases como “el narrador sabe que el personaje no quería tal cosa...”. Hace juegos muy interesantes, en donde parece que su voluntad tiene que ceder a las voluntades del protagonista. Tiene que aceptar, al tiempo que le revela al lector, en una suerte de “aparte” teatral, la verdadera naturaleza de su conducta. El narrador es así parte importante de la novela por su visibilidad, que no se parece a la del narrador que juzgaba, sino a un narrador muy consciente de su papel en la novela contemporánea. Es el que sabe más de lo que sabe el personaje, porque lo conoce. Tal vez reta así uno de los temas que discute y que obsesionan a Urquiaga, la omnisciencia de Dios.

NOVELA:

El escritor inglés E. M. Forster define a la novela como una historia, una serie de sucesos concatenados. Proust la llama lupa o lente para vernos a nosotros mismos y a lo que nos rodea. Para Vargas Llosa es un arte de ilusio-

nismo, una mentira que posee una verdad. Para Carlos Fuentes es la suma de las palabras y la imaginación. Artificio, historia, sucesos. Las novelas, a diferencia del cuento, nos acercan a la complejidad de los personajes, permiten que nos identifiquemos con ellos pues participamos de sus claroscuros. *El abecedario* es una novela contemporánea con acentos clásicos y estrategias de escritura que la distinguen donde Samuel Urquiaga va del naufragio, pasando por el vacío, a la búsqueda y al reencuentro, las partes del peregrinaje espiritual de un hombre sacudido por la pérdida del amor, quien se enfrentará a la búsqueda de respuestas que den sentido a una muerte temprana e insensata y a reconocer su derecho a seguir participando del gozo de la vida. Citando a un personaje de *El museo de la inocencia* de Pamuk, Urquiaga comprenderá que “no hay que morir con el muerto”.

PERSONAJES:

La novela está habitada por gente. El gran reto del novelista es construir un personaje memorable, que se trepe en el lector y se le quede puesto. Que sea memorable. Nos ha pasado con Madame Bovary, Anna Karenina, Raskolnikoff, Singer el mudo, Fermina Daza, Justine, Balthazar, entre otros. Samuel Urquiaga lo es, después de la lectura de *El abecedario*, después de acompañar sus afanes por encontrar la salida, el sol, reconciliarse con el pasado que ya no puede compartir con Marisol y descubrir la posibilidad de amar nuevamente, como él dice, el alma. Fusionar deseo y querencia, un hombre que queremos, despierta ternura, una admiración por la épica personal del personaje, un cariño por su soledad, ésa que se abisma cuando viene el fin de curso y la casa se llena de silencio. Urquiaga es un hombre sensible, de alma delicada, atento a los detalles, inteligente, que disfruta ser profesor, un hombre frágil y fuerte; nosotros acabamos muy cerca de él y respirando con él su caligrafía redentora.

Un protagonista requiere de aquellos secundarios que terminan por darle su redondez: Marisol, la bióloga que toca el piano, su compañera ausente; Corina, la de los hombros suaves, mujer de otro; Mercedes, otra sobreviviente del despojo, dueña de su soledad. Y están los amigos, los cómplices, los que le dan consejos, Isabel la masajista y Clara que descubre los indicios de que el señor ya no está tan encerrado en sí mismo y sobre todo está lo que los libros técnicos para escribir novelas llaman el confidente. Alguien en quien el personaje principal se recarga y deposita sus secretos. Federico Reyes Heróles ha escogido al piano, Herr Piano, como lo llama Samuel cuando le habla en voz alta, para ser el confidente de Urquiaga. Un cómplice muy particular, el portador de la música ni más ni menos.



Federico Reyes Heróles

SUBRAYABLE:

Una novela es subrayable cuando alguna parte es susceptible de ser distinguida del resto por la acción de una tinta o grafito que resalte los ecos de lo escrito con el lector. Y *El abecedario* lo es por muchas razones. No sólo por los hallazgos que hace el propio Urquiaga cuando quiere definir la piel, por ejemplo, de Corina, que lo trastorna un día y trae a cuento las portentosas palabras de Alfonso Reyes, sino por sus propios hallazgos sobre el amor, el deseo, el cariño, la caricia, el tiempo, estas decantaciones de la experiencia que hacen de *El abecedario* una boya personal, una invitación a encontrar y definir las palabras que acuerpan nuestra existencia.

Una novela de amor, al fin y al cabo, uno de los temas de la literatura universal más tocado y que más nos sigue asombrando. Quizá porque a su vera y su misterio podemos sortear los abismos de nuestra soledad y la grandeza de nuestro espíritu o porque, como dice el aforismo anónimo que prelude la novela: *El más poderoso hechizo para ser amado es amar*.

Federico Reyes Heróles, *El abecedario*, Alfaguara, México, 2013, 278 pp.